

Ambrose Bierce

Una pelea dura



E LEJANDRIA

**Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

UNA PELEA DURA

Ambrose Bierce

Durante una noche de otoño de 1861, un hombre solitario estaba sentado en el corazón de un bosque de la Virginia occidental. Por aquella época, Cheat Mountain era una de las regiones más salvajes del continente, y todavía lo es.

Sin embargo, no faltaban personas en los alrededores. A dos millas de distancia estaba el campamento, ahora silencioso, de toda una brigada federal. En algún otro sitio quizá más cercano, estaban las fuerzas del enemigo, cuyo número se ignoraba.

Esta ignorancia de la posición y el número de las tropas confederadas explicaba la presencia del hombre en aquel lugar solitario. Era un joven oficial de un regimiento de la infantería federal, encargado de proteger contra cualquier sorpresa a sus camaradas dormidos en el campamento. Estaba al frente de un piquete de avanzada.

Al caer la noche, había apostado a su pequeño grupo siguiendo una línea aparentemente caprichosa, pero determinada por la naturaleza

del terreno, a muchas yardas del lugar donde ahora estaba sentado. La línea recorría el bosque, entre los peñascos y los arbustos de laureles; los hombres, disimulados a quince o veinte pasos los unos de los otros, habían recibido la orden formal de guardar silencio absoluto y de mantenerse en constante vigilancia. A las cuatro horas, si nada sucedía, serían revelados por un fresco destacamento de la reserva que en aquel instante descansaba, a cargo de su capitán, hallándose situado a la izquierda y hacia dentro del bosque.

Antes de apostar a sus hombres, el joven oficial del que hablamos indicó a los dos sargentos el lugar donde podían encontrarle, en caso de que necesitaran, ya sus directivas, ya su presencia en línea del frente.

Era un lugar bastante tranquilo: la encrucijada de un viejo camino forestal, en cuyos dos brazos, que se prolongaban sinuosamente bajo la pálida claridad de la luna, montaban guardia los sargentos a pocos pasos detrás de la línea.

Si un ataque brusco del enemigo les obligaba a retroceder velozmente —y no se espera que los piquetes de avanzada resistan después de haber hecho fuego— los hombres tomarían las rutas convergentes y las seguirían hasta la encrucijada del camino donde se podrían reunir y formar de nuevo.

Dentro de su humilde esfera, el teniente se mostraba bastante buen estratega; si Napoleón hubiera concebido un plan tan inteligente en Waterloo, habría ganado la batalla y solo después hubiera sido destronado.

El subteniente Brainerd Byring era un valiente y competente oficial, a pesar de su juventud y de su relativa falta de experiencia en el arte de matar a sus semejantes. Se había alistado como simple soldado en los primeros días de la guerra, sin tener el menor conocimiento del oficio militar; nombrado al principio sargento de su compañía, gracias a su educación y a sus modales seductores, tuvo la suerte

de que una bala de los confederados matara a su capitán: las promociones subsiguientes le valieron su ascenso.

Había participado en los combates de Philippi, Rich Mountain, Carrik's Ford y Greenbrier, y se había comportado con tanto denuedo que no pudo menos de atraer la atención de sus oficiales superiores. Le agradaba la exaltación de la batalla, pero el espectáculo de los muertos, con sus caras de arcilla, sus ojos ausentes, sus cuerpos rígidos, monstruosamente arrugados o hinchados, le había producido siempre un efecto intolerable.

Le inspiraba una especie de antipatía irrazonada, todavía más fuerte que esa repugnancia física y mental común a todos los hombres; sin duda, a causa de su sensibilidad extraordinariamente viva, de su intenso sentido de la belleza, ultrajada por aquellos odiosos cadáveres. Sea como fuere, no podía mirar un cadáver sin un asco en que entraba cierto resentimiento. La dignidad de la muerte, que otras personas respetan, le parecía inconcebible... La muerte merecía odiarse. No era pintoresca, ni había en ella nada tierno ni solemne; era lúgubre, horrible, en todas sus manifestaciones y sugerencias.

Quizá el teniente Byring, fuera un hombre más valeroso de lo que sus compañeros imaginaban, porque nadie imaginaba su horror hacia aquello que estaba dispuesto a sobrellevar en cualquier instante.

Después de haber apostado a sus hombres, instruido a sus sargentos y de haberse retirado a su puesto, se sentó en el tronco de un árbol. Allí, con todos los sentidos en acecho, empezó su vigilia. Para estar más cómodo, se aflojó el cinturón, sacó el pesado revólver de su cartuchera y lo colocó sobre un tronco. Sí, estaba realmente cómodo, aunque no se diera cuenta de ello porque escuchaba atentamente para distinguir el menor ruido amenazador: Un grito, un disparo, los pasos de alguno de sus sargentos que viniera a informarle de una noticia importante. Del vasto, invisible océano de claridad lunar, acá y allá caía un hilo de luz rota que

salpicaba las ramas y se escurría hasta la tierra formando pequeños charcos blancos entre los grupos de laureles.

Pero esos escasos resplandores no hacían sino acentuar las tinieblas circundantes, que la imaginación de Byring poblaba de figuras extrañas, amenazadoras, sobrenaturales, o meramente grotescas.

Cualquiera que haya conocido por experiencia la portentosa coalición de la noche, la soledad y el silencio en el corazón de un gran bosque, sabe hasta qué punto lo transforma en un mundo que nada tiene que ver con el nuestro.

Todos los objetos, hasta los más triviales y familiares, revisten un carácter extraño. Los árboles se agrupan de diferente manera, se aproximan unos a otros, como para defenderse del miedo. El silencio mismo es de muy distinta calidad que el silencio diurno. Y está lleno murmullos apenas perceptibles, de murmullos estremecedores, fantasmas de ruidos ya muertos. También hay sonidos vivaces, como no se oyen nunca en otras circunstancias: notas de insólitos pájaros nocturnos, gritos de animalitos que afrontan bruscamente furtivos enemigos, o los sueñan, susurros de hojas secas —quizá el brinco de una rata de los bosques, o las pisadas de una pantera—. ¿Por qué han crujido esas ramitas? ¿Por qué ese lamento ahogado, asustado, en esa mata llena de pájaros? Hay ruidos sin nombre, formas sin sustancia, traslaciones en el espacio de objetos que nunca hemos visto moverse, y movimientos de objetos que no cambian de lugar. ¡Ah, hijos del sol y de la iluminación a gas, qué poco conocen ustedes del mundo en que viven!

Aunque rodeado de amigos armados y alertas, Byring se sentía absolutamente solo. Abandonado a la influencia solemne y misteriosa del momento y del lugar, había olvidado la naturaleza del vínculo que le unía a las faces de la noche, a sus aspectos visibles y audibles. El bosque era ilimitado; no existían los hombres y las habitaciones de los hombres. El universo era un misterio primitivo de

tinieblas, informe, vacío, y él era el único en preguntarle calladamente su eterno secreto.

Absorto en los pensamientos nacidos de aquel estado de ánimo, había dejado que el tiempo huyera sin prestarle atención. Mientras tanto, los pocos charcos de luz blanca esparcidos en la maleza habían cambiado de tamaño, de aspecto, de lugar. En medio de uno de ellos, muy cerca, justo al borde del camino, su mirada cayó sobre algo que no había observado antes. Estaba allí, casi frente a él, pero hubiese jurado que minutos antes no estaba. Era una silueta humana, acostada, en parte cubierta por la sombra. Instintivamente, se ajustó el cinturón y tomó el revólver: pertenecía de nuevo al mundo de la guerra, de nuevo tenía que ejercer su oficio de asesino.

La silueta yaciente no se movía. Byring se levantó, revólver en mano. Se acercó. El cuerpo descansaba sobre la espalda; la cabeza y el pecho no estaban iluminados, pero Byring, mirando atentamente, vio que se hallaba en presencia de un cadáver. Se volvió, estremeciéndose, con una sensación de malestar y de asco.

Después, sentándose nuevamente en el tronco y olvidando toda prudencia militar, encendió un cigarro. La súbita oscuridad que siguió a la extinción de la llama le causó alivio: ya no podía ver el objeto de su odio. Sin embargo, mantuvo los ojos fijos en su dirección hasta que se le pareció de nuevo con creciente nitidez. Parecía haberse acercado un poco.

—¡Maldito sea! —murmuró—. ¿Qué quiere? No parecía querer nada más que un alma. Byring apartó los ojos y empezó a canturrear, pero se detuvo en un compás para mirar al muerto.

Su presencia le turbaba, aunque hubiese sido difícil tener un vecino más tranquilo. Además, le invadía una emoción vaga, indefinible, completamente nueva para él. No era temor. Era, más bien, el sentimiento de lo sobrenatural... Y en lo sobrenatural no creía para nada.

Debo haberlo heredado —se dijo—. Se necesitarán mil años, supongo, acaso diez mil, para que la humanidad consiga librarse de un sentimiento como este. ¿Dónde y cuándo pudo nacer? Probablemente, en eso que se llama la cuna de la raza humana: las llanuras del Asia Central. Nuestros bárbaros antepasados nos han legado en forma de superstición lo que fue para ellos una convicción razonable. Se creían justificados, sin duda, por hechos cuya naturaleza no podemos siquiera conjeturar y que les permitía ver en los cadáveres a seres malignos, dotados de una extraña y eficaz perversidad, tal vez con la voluntad y la intención de ejercerla. Era, quizá, una de las doctrinas esenciales de su atroz religión, asiduamente enseñada por sus sacerdotes, de igual modo que los nuestros predicán la inmoralidad del alma. A medida que los arios se desplazaron hacia el oeste, a través del Cáucaso, y se esparcieron por Europa, nuevas formas de vida debieron dar por resultado nuevas religiones. La antigua creencia en la malignidad de los muertos ha desaparecido de su fe, pero ha dejado su herencia de espanto que nos ha sido transmitida de generación en generación... y que forma parte de nosotros mismos a igual título que nuestra sangre y nuestros huesos.

Llevado por sus pensamientos, fue olvidando la causa que los sugirió. De pronto, miró de nuevo el cadáver. Ahora la sombra lo había dejado casi al descubierto. Observó el perfil anguloso, el mentón en el aire, el rostro de una palidez espectral bajo el claro de luna.

Llevaba el uniforme gris de los confederados. La chaqueta y el chaleco, desabotonados estaban abiertos y caídos a uno y otro lado, dejando ver la camisa blanca. El tórax parecía singularmente abombado; el abdomen, en cambio, se había hundido, proyectando una aguda saliente en la línea de las costillas inferiores. Los brazos estaban extendidos; la rodilla izquierda, en alto. La actitud toda le dio a Byring la impresión de haber sido estudiada para crear un efecto de horror.

—Bah! —exclamó—. Era un actor ... Sabe cómo hay que estar muerto.

Apartó los ojos, los dirigió resueltamente hacia uno de los caminos que conducían a la primera línea, y prosiguió su meditación filosófica donde la había dejado.

Quizá nuestros antepasados del Asia Central no tenían la costumbre de enterrar a los huertos. En ese caso, es fácil comprender el temor que les inspiraban. Eran, en realidad, una amenaza y un flagelo. Causaban epidemias. A los niños, les enseñaban a evitar los lugares donde yacían los muertos; a huir, si por inadvertencia pasaban junto a un cadáver. Creo, en verdad, que haría mejor en alejarme de este individuo.

Se levantó para irse. Después recordó haberle dicho a sus hombres que aguardaban la hora del relevo —a los soldados apostados adelante y al oficial detrás— que fuera cuando fuese podían encontrarle en la encrucijada del camino. Si abandonaba su puesto, podían suponer que había tenido miedo del cadáver. No era un cobarde, y no quería ponerse en ridículo ante nadie.

Se sentó una vez más, y para probar su valentía miró audazmente al muerto. El brazo derecho —el más distante— se hallaba ahora en la sombra. Apenas podía distinguir la mano que, como antes observó, yacía junto al grupo de laureles. No había el menor cambio en su aspecto, y eso le dio cierta satisfacción, no hubiera podido decir por qué.

No apartó los ojos en seguida: lo que no queremos ver ejerce sobre nosotros un extraño poder de fascinación, a veces irresistible. Las personas ingeniosas se muestran injustas con la mujer que se cubre los ojos con las manos y mira entre los dedos.

Bruscamente, tuvo conciencia de un dolor en la mano derecha. Desvió los ojos de su enemigo para mirársela: apretaba con tanta fuerza la empuñadura del sable que le hacía daño. Observó también que estaba inclinado hacia adelante, los músculos tensos,

replegados sobre sí, como un gladiador pronto a saltar al cuello de su adversario. Apretaba los dientes y respiraba con fuerza.

De inmediato volvió en sí, relajó los músculos, aspiró profundamente el aire, y entonces percibió todo el ridículo del incidente. Se echó a reír. ¡Cielos! ¿Qué ruido era ese? ¿Qué despreocupado demonio se abandonaba a un perverso júbilo haciendo mofa de la alegría humana? De un brinco se puso de pie y miró a su alrededor: no reconocía su propia risa.

Ya le era imposible disimular ante sí mismo la realidad atroz de su cobardía: ¡estaba terriblemente asustado! Hubiera querido alejarse de aquel sitio, pero sus piernas se doblaban, negándose a obedecerle; entonces volvió a sentarse en el tronco del árbol.

Temblaba violentamente. Tenía la cara empapada, el cuerpo bañado en un sudor helado. Ni siquiera podía gritar. Detrás, oía distintamente un paso furtivo, algún animal feroz, acaso, y no se atrevía a mirar por encima del hombro.

¿Es que los seres vivos sin alma habían unido sus fuerzas a las de aquel muerto sin alma? ¿Es que sería un animal? ¡Ah, si pudiera estar seguro de ello! Pero no había esfuerzo de la voluntad que le permitiese ahora separar sus ojos del rostro del muerto.

Lo repito: el teniente Byring era un hombre valeroso e inteligente. Pero ¿qué quieren ustedes? ¿Es que un hombre solo puede medirse con la monstruosa conjura de la noche y de la soledad y del silencio y de la muerte, mientras las innumerables huestes de sus propios antepasados le gritan al oído sus cobardes consejos, captan en su corazón lamentables cantos fúnebres y drenan todo el hierro de su sangre misma? Las condiciones son harto desiguales. El valor no es capaz de afrontar tan dura pelea.

Ahora le posee la convicción de que el cadáver se ha movido. Está más lejos de la mancha de luz donde yacía. No cabe la menor duda. Y también ha movido los brazos. Miren ustedes: ¡ahora ambos brazos están en las tinieblas! Una bocanada de aire frío golpea a

Byring en la cara; por encima de su cabeza, las ramas de los árboles se agitan y gimen. Una sombra nítida pasa por el rostro del muerto, después lo deja expuesto a la luz, después vuelve hacia atrás y lo oculta a medias.

¡El horrible cadáver se mueve, se mueve indiscutiblemente!

En ese momento suena un disparo, ¡el más fuerte pero más distante que haya oído jamás ningún mortal! Y el disparo rompe el silencio y la soledad, dispersa las obstinadas huestes del Asia Central, hace renacer en su espíritu el valor del hombre moderno. ¡Con un grito semejante al de un gran pájaro que cae sobre su presa, Byring da un salto y avanza, ardoroso como nunca, dispuesto a combatir!

Ahora, en el frente, se oye disparo tras disparo. Se oyen gritos confusos, ruidos de cascos, vítores incoherentes. Detrás, en el campamento adormecido, se oye el canto de los clarines y el gruñido de los tambores. Hasta la encrucijada del viejo camino forestal, abriéndose paso a través de los árboles, volviéndose para tirar al azar mientras corren, llegan por ambos lados los piquetes de soldados federales en plena retirada. Unos cuantos rezagados que se habían replegado a lo largo de uno de los dos brazos del camino, de acuerdo con las instrucciones recibidas, se apartan de golpe y entran en la maleza, mientras cincuenta jinetes pasan junto a ellos blandiendo furiosamente los sables y haciendo un ruido atronador.

Con la cabeza hundida, esos locos jinetes galopan junto al lugar donde Byring se halla sentado, gritando y disparando sus pistolas. Momentos después se oye un crepitar de fusilería seguido de un fuego decreciente: las tropas de asalto acaban de enfrentarse con las de reserva, apostadas en la otra línea. Y vuelven en terrible desorden, con más de una silla vacía un caballo enloquecido, herido, por alguna bala, dando coces y relinchando de dolor. Todo ha terminado: «Una escaramuza de los puestos de avanzada».

A la mañana siguiente, muy temprano, un grupo de fajina, bajo las órdenes de un capitán y acompañado por el cirujano, busca a los muertos y heridos. En la encrucijada del camino, hacia un lado,

encuentran dos cadáveres, uno junto al otro: el de un oficial del ejército federal y el de un soldado raso confederado. El oficial muerto yacía de bruces en un charco de sangre, con la espada todavía clavada en el pecho. Lo pusieron boca arriba y el cirujano le retiró el arma.

—¡Dios mío! —exclamó el capitán—. ¡Es Byring! Agregó, mirando al otro: —Ha sido una dura pelea. El cirujano examinaba la espada. Era la de un oficial de la infantería federal, exacta a la que usaba el capitán. En realidad, era la espada de Byring. La otra arma que descubrieron fue un revólver con las balas intactas, colgado del cinturón del muerto. El cirujano puso la espada en el suelo y se aproximó al segundo cadáver. Estaba atrocemente acuchillado, pero no había en él rastros de sangre. Tomándolo por el pie izquierdo, trató de estirar la pierna encogida. A los muertos no les gusta que los muevan, y éste lo demostró exhalando un leve olor nauseabundo. Ahora, donde había estado acostado, unas cuantas larvas ejercitaban su imbécil actividad...

El cirujano miró al capitán. El capitán miró al cirujano.

FIN

**¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**